

EL PSICOANÁLISIS FREUDIANO: UN ACONTECIMIENTO EN LA PSICOLOGÍA

THE PSYCHOANALYSIS FREUDIANO: AN EVENT IN THE PSYCHOLOGY

Recibido: 12 abril de 2009/Aceptado: 20 de mayo de 2009

MARCO SALCEDO SERNA*

Universidad del Valle, Colombia

Universidad San Buenaventura, Cali - Colombia

Key words:

Foucault, Freud, psychoanalysis,
Psychology, Naturalism.

Abstract

In this summary is analyzed the repercussion that Foucault said have had the “supreme violence”, that Sigmund Freud developed in the psychology of XX century; The text is fundamentally based in the considerations performed for the french philosopher in his first texts published, specially in the articles from 1957 “Psychology from 1850 to 1950” and the “scientific investigation and the psychology”. It will notice that for Foucault, the transcendencia from psychoanalysis freudiano in the psychology is absolutely unquestionable and determining. In the last part of the text, is mentioned some of the tesis that Foucault developed for explain the power of the influence according to him, had the psychoanalysis freudiano, about psychological knowledge and the humanity sciences in general.

Palabras clave:

Foucault, Freud, Psicoanálisis,
Psicología, Naturalismo.

Resumen

En este ensayo se analiza la repercusión que según Foucault tuvo la “violencia soberana” que ejerció Sigmund Freud en la psicología del siglo XX; el texto se basa fundamentalmente en las consideraciones que realiza el filósofo francés en sus primeros textos publicados, especialmente en los artículos de 1957 “La psicología de 1850 a 1950” y “La Investigación científica y la psicología”. Se observara que para Foucault, la transcendencia del psicoanálisis freudiano en la psicología resulta absolutamente incuestionable y determinante. En la parte final del texto, se mencionan algunas de las tesis que Foucault elaboró para explicar el poder de influencia que según él tuvo el psicoanálisis freudiano sobre el saber psicológico y las ciencias humanas en general.

* Profesor contratista del Instituto de Psicología de la Universidad del Valle y docente de la Universidad San Buenaventura de Cali, Colombia.
Email: marcoalexissal@hotmail.com salcedo349@yahoo.es

INTRODUCCIÓN

En este texto se describe el análisis que Michel Foucault realizó en 1957 de la relación existente entre la psicología general y la obra de Sigmund Freud. Se observará que para Foucault, la transcendencia del psicoanálisis freudiano en la psicología resulta absolutamente incuestionable tanto porque fue un saber crítico diferenciable de la psicología general del siglo XIX, desde los primeros textos fundadores de la doctrina de Freud, como porque en el siglo XX terminará constituyendo a la misma psicología moderna. Este texto es entonces una descripción del reporte que realizó este filósofo francés, del evento psicoanalítico, indicando en dónde se encontraba su más notorio punto de ruptura con la psicología del siglo XIX, y en qué forma su mayor consecuencia en esta última fue haber fijado un sendero que la psicología empezó a recorrer, caminando de espaldas al horizonte que Freud estableció.

La psicología pre-freudiana del siglo XIX

Foucault utiliza en varios textos la expresión general de “psicología del siglo XIX” para referirse a la psicología de esa época, pero en su obra solo se encuentra un análisis sistemático de la psicología que transcurre en la segunda mitad del siglo mencionado, la que va desde 1850 a 1900. Esta fecha de 1850, que estructura el título de uno de sus textos sobre la psicología de 1957, parece haber sido establecido de manera un poco caprichosa, pues no alude a un año en que haya ocurrido algún evento académico a destacar. 1850 sería entonces un año fijado por Foucault como mero límite al que se atiene como autor para realizar una discusión relativamente centrada sobre la psicología. Sin embargo, varios aspectos si cabe

subrayar sobre este año, y la manera cómo aborda lo que concierne en general a esa segunda mitad del siglo XIX.

En primer lugar, si habla de una psicología en 1850 es porque para Foucault en ese momento ella ya existía como cuerpo doctrinario. La historiografía positivista nos habla fundamentalmente de una fecha, 1879, año en el que el fisiólogo alemán Wilhelm Maximilian Wundt crea en su casa el primer laboratorio de Psicología Experimental en el mundo, lo que permite luego formar una generación, la primera, de psicólogos, y generar después la primera revista sobre el tema: *Philosophische Studien* (Estudios filosóficos), en 1881. No obstante, para Foucault, antes de la creación de ese primer laboratorio y antes de la oficial aparición de la figura del psicólogo, ya existía la psicología, conclusión que se confirma con la frase que expresa en uno de los textos mencionados: “fue en el curso de estos últimos cien años cuando la psicología instauró nuevas relaciones con la práctica” (Foucault, 1957A, p. 2).

En segundo lugar, a propósito de lo que se está indicando sobre Wundt, en Foucault no se encuentra ninguna mención que haga de lo ocurrido en 1879 un hito en la historia de la psicología. De hecho, en los textos reconocidos como directamente relacionados con la psicología, las alusiones a Wundt son inexistentes en la mayoría de ellos (no está, por ejemplo, en los textos de *Historia de la locura y las palabras y las cosas*), y son extremadamente escasas en los textos del 57. Aún más, su nombre se tiende a opacar al ser colocado sin resalte alguno, al lado de los patronímicos de los ingleses Alexander Bain y John Stuart Mill, del alemán Theodor Fechner y del francés Théodule Armand Ribot. El úni-

co reconocimiento que le hace a Wundt lo realiza de modo sarcástico, al reseñar la escuela de Leipzig, junto con la escuela de Wurtzburgo, como los lugares donde habitaban “los grandes jefes de estación” (Foucault, 1957B, p. 4), de la vía férrea por la que transitaba la psicología, envidiados por Alfred Binet.

De manera general se podría decir que no se encontró en los textos de Foucault algún autor de la psicología de esa época que en particular, despuntará sobre los demás, al que hubiera que celebrarle cantos épicos en la academia por lo hecho o dicho. No obstante, Foucault resalta una cuestión que justificaría el interés de cualquiera por lo ocurrido en el siglo XIX con la psicología. Si la emergencia de la figura del psicólogo, o la adopción tajante del método experimental no se constituyeron para él en un suceso al que directamente cabía analizar, no era porque, una vez iniciada la época moderna, no haya habido en el siglo XIX algún acontecimiento arqueológico que destacar en el campo del saber psicológico. Tal acontecimiento existió y consistió en la instauración de un “prejuicio” que determinó un modo de transitar, una manera de desarrollarse el conocimiento psicológico, del que los sucesos que ovacionan la historiografía positivista son su simple consecuencia. Prejuicio pues era precisamente eso, un prejuicio, condición epistémica ineludible que se debía adoptar antes de la elaboración de cualquier juicio válido sobre la materia. Prejuicio también porque era una predisposición categórica no sujeta a ningún tipo de cuestionamiento por parte de quienes lo seguían.

Este prejuicio fue calificado por Foucault como “naturalista”. Implicaba un afán: “*hacerse incluir entre*

las ciencias de la naturaleza, (encontrando) en el hombre la prolongación de las leyes que rigen los fenómenos naturales” (Foucault, 1957A, p. 3). De este modo, la psicología del siglo XIX estuvo dominada por la aspiración de “*tomar prestado de las ciencias de la naturaleza su estilo de objetividad y de buscar, en sus métodos, su esquema de análisis*” (Foucault, 1957A, p. 3). En otros términos, la psicología pretendió ser conocimiento positivo sustentado en dos postulados filosóficos: “*que la verdad del hombre se reduce por entero a su ser natural; y que el camino de todo conocimiento científico debe pasar por la determinación de relaciones cuantitativas, la construcción de hipótesis y la verificación experimental*” (Foucault, 1957A, p. 1).

Este proyecto que “*el destino*” estableció para la psicología, como se deja entrever en la expresión de “prejuicio” y en las frases citadas, no es bien valorado. Foucault, critica a aquellos, quienes como Biran, Taine y Ribot, fueron conducidos por una conciencia “*que se contenta con poco*” (Foucault, 1957B, p. 4): “*la buena conciencia positivista y naturalista de los programas filosóficos*” (Foucault, 1957B, p. 4). Los partidarios de este proyecto se convirtieron de este modo en defensores de “*una operación que equivalía a hacer de la psicología una filosofía, la menos buena de todas, al nivel más bajo de una mitología positivista*” (Foucault, 1957B, p. 4). El proyecto naturalista dejó para la historia de las ciencias una psicología que perdió el horizonte de lo propio de la condición humana. “*Así, la psicología por sí misma se obligó a una renovación total en el curso de su historia; ... Ella tuvo que buscar nuevos principios y desprender para sí un nuevo proyecto*” (Foucault, 1957A, p. 2). Sus palabras nos describen a una psicología de fines del siglo XIX absolutamente perdida, debatiéndose a muerte por sobrevivir, en últimas, en un estado de la

cuestión inquietante y decepcionante, a consecuencia de esta empresa teórica desarrollada en el siglo XIX.

Ahora bien, el análisis historicista que realiza en el 57 de la psicología del siglo XIX, guiado con algunas líneas de las teorías de Binswanger, y también de Georges Dumézil, aunque no es el propio del período arqueológico, desde luego, lejos está del esquema historiográfico de la “concepción heredada”, la de la filosofía analítica. Aunque el filósofo no realiza en los textos de esa época la operación que se observara en los textos de la década de los 60 –aprehender los problemas específicos a los que se enfrenta una disciplina enmarcándolos en los problemas generales del conocimiento y de la ciencia–, no obstante, hace seguimiento a las vicisitudes específicas y las discusiones propias de la disciplina, integrándolos al marco discontinuista que caracteriza el acercamiento historiográfico.

Canguilhem ya había brindado una magistral demostración de cómo dicha perspectiva podía aplicarse para examinar las inquietudes epistemológicas fundamentales de la psicología, en la conferencia que dictó en el *Collège philosophique*, en 1956, titulada “¿Qué es la psicología?”. Pero a diferencia de Canguilhem, que sitúa a la psicología, o a una psicología, como heredera de tradiciones del siglo II de nuestra era, Foucault ve como la herencia conceptual más lejana la que dejó la *Aufklärung*. Los cortes que identifica en el cuerpo doctrinario de la psicología del siglo XIX son, además, más locales, menos vinculados a la vía general por la que transita el conocimiento, y consecuentes con el nuevo giro pragmatista de la filosofía de la ciencia, en el contexto de lo que hoy día se entiende como enfoque semántico de las teorías. Del

mismo modo como, años después, los defensores de este enfoque entenderán la noción de “teoría” como modelos, idealizaciones o mundos posibles, en últimas, mapas isomórficos con relativas posibilidades para representar con pertinencia ciertos aspectos del objeto estudiado, Foucault, años antes, analizó y agrupó conjuntos de teorías psicológicas como pertenecientes a un mismo esquema isomórfico de análisis.

El diagnóstico foucaultiano confirma la sospecha de Georges Politzer: la psicología científica espera su verdad afuera de ella misma. Es decir, “*la psicología no prosigue, como las demás ciencias, el camino de su verdad*” (Foucault, 1957B, p. 25). Los tres modelos que el filósofo de Poitiers aísla de la psicología del siglo XIX son todos provenientes de campos disciplinarios externos al de la discusión psicológica. Estos, con gran prestigio científico e inscriptos en el ámbito de las ciencias naturales, ingresan en el escenario psicológico para fijar su estilo de positividad.

En primer lugar se encontraba la física y la química. Newton y Lavoiser, dos héroes intelectuales en sus respectivos campos académicos cuyas concepciones epistémicas fueron adoptadas por filósofos que aspiraban construir y consolidar la nueva e independiente ciencia de la psicología. John Stuart Mill es el caso paradigmático de este modelo. Retoma, como en su tiempo lo hizo René Descartes con el cuerpo, a una máquina que representa los avances de la técnica renacentista, el reloj, como la estructura con la cual contrastar la *psyche*. En su *Preface to James Mill's Analysis*, “*los fenómenos mentales, como los fenómenos materiales exigen dos formas de investigación: la primera intenta, a partir de hechos, acceder*

a las leyes más generales, siguiendo el principio de la universalización newtoniana; la segunda, como el análisis químico para los cuerpos compuestos, reduce los fenómenos complejos a elementos simples” (Foucault, 1957A, p. 4).

En segundo lugar se hallaba la fisiología y la medicina. Xavier Bichat, fundador de la histología moderna, Claude Bernard, y François Magendie, maestro del anterior, ambos precursores de la medicina experimental, fueron para Foucault la fuente de inspiración de los autores que constituyeron el modelo orgánico (Alexander Bain, Theodor Fechner y Wilhelm Wundt). La isomorfía que establecía este modelo, hacía del cuerpo viviente humano, tal como la práctica médica lo enfrentaba cotidianamente, la estructura a comparar con la mente. El modelo orgánico originaba una “*ciencia de los cuerpos organizados (...) completamente diferente de aquellas que [tenían] como objeto a los cuerpos inorgánicos*” (Bichat, citado por wikipedia, 2008). Estableció la necesidad de “*emplear un lenguaje diferente, pues la mayoría de las palabras que transferimos de las ciencias físicas a las de la economía animal o vegetal nos recuerdan constantemente ideas que no se corresponden de ninguna manera con los fenómenos de esta ciencia*” (Bichat, citado por wikipedia, 2008). La irreducibilidad que defiende de lo viviente en relación con lo inorgánico era lo que principalmente caracterizaba a este modelo.

Y en tercer lugar estaba la biología que advino con el evolucionismo. Un nombre es el que funda aquí escuela: Charles Darwin. La publicación de *El origen de las especies*, dice Foucault, inicia una renovación considerable en las ciencias del hombre, pues provoca el abandono del mito newtoniano. “*El evolucionismo mostró que*

la vida psicológica poseía una orientación... Fue el primero en mostrar que el hecho psicológico no tiene sentido sino con respecto a un porvenir y a un pasado (Foucault, 1957A, p. 7). El isomorfismo que se desarrolló con este modelo supuso contrastar la mente con una entidad, con el animal, una entidad viviente cuyas formas actuales reposan “*sobre un fondo silencioso de estructuras anteriores que le cargan con toda una historia*” (Foucault, 1957A, p. 7).

La forma como Foucault presenta la discusión sobre estos tres modelos deja entrever que hay un orden que explica por qué el modelo físico-químico es el primero, y el modelo evolucionista, el último. Ese orden es una cronología que no supone una racionalidad del conocimiento que hace del primer modelo un marco epistémico superado totalmente por el segundo, y este a su vez superado por el tercero. La visión historicista no facilita la interpretación progresista y amnésica con el pasado; además, la reflexión académica del mitologista Georges Dumézil, hay que creerla muy determinante en este tema. La “*común ascendencia dumeziliana*” (Eribon, 1995, p. 173), no enseña la desaparición radical de estructuras de conocimiento, una vez estas han caído en desprestigio o en desuso. El miembro de *l'Académie française* documentó en su obra que los saberes e ideales del pasado perviven de algún modo en el presente, transformados, ocultos o levemente trastocados. Ese sería el destino que Foucault le adjudicó a estos modelos en el siglo XX. En lo que sigue Foucault constata su supervivencia, aunque dicha supervivencia no lo motiva a él a hablar nuevamente de modelos. Para el conocimiento psicológico del siglo XX Foucault emplea la expresión de “*regiones esenciales*”, territorios de un gran dominio que están delimitados por parejas de términos antagóni-

cos. Estos últimos se tratan de dilemas epistémicos que desgarran aún más a los psicólogos. Este cambio de las categorías de análisis no es casual y refleja su pensamiento sobre las consecuencias de un gran acontecimiento en el saber psicológico que empezó a anunciarse desde finales del siglo XIX, el descubrimiento del sentido.

Freud, el salvavidas epistémico de la psicología

“El descubrimiento del sentido se hizo (...) por caminos muy diversos” (Foucault, 1957A, p. 7). Así inicia Foucault tratando lo que fue para él una colosal revolución epistémica que transformó radicalmente la faz del mundo psicológico del siglo XIX. Dos antecedentes menciona, antes de conducir la discusión al papel que tuvo el psicoanálisis al respecto. El primero de ellos corresponde a un personaje de la psicología francesa ensombrecido por completo por la fama y reconocimiento que tuvo Sigmund Freud. Se trata de Pierre Janet, a quien, según Foucault, a pesar de permanecer de cerca a los prejuicios naturalistas, hizo de la conducta “una reacción sometida a una regulación..., depende incesantemente del resultado que pretende obtener” (Foucault, 1957A, p. 8). Sus palabras parecen ser más que un homenaje tardío a un héroe caído y olvidado por la historia. Sería un verdadero reconocimiento a alguien que “logró superar este marco naturalista dándole a la psicología por tema, no estructuras reconstituidas ni supuestas energías, sino la conducta real del individuo humano” (Foucault, 1957A, p. 8). A otro personaje también Foucault le rinde homenaje, como precursor de un nuevo sistema de psicología que analiza lo que en el hombre escapa a las determinaciones de la naturaleza. Wilhelm Dilthey es su nombre. A través del análisis histórico enseñó que el hombre “no es un elemento segmentado de los procesos naturales, sino una actividad espiritual cuyas pro-

ducciones se han depositado sucesivamente en el tiempo, como actos cristalizados, significaciones desde entonces silenciosas” (Foucault, 1957A, p. 9).

Pero es a Freud a quien le concede casi toda la gloria de esta transformación epistémica que ocurrió desde los inicios del siglo XX. “Fue dentro del sistema freudiano donde se produjo esta gran permutación de la psicología” (Foucault, 1957A, p. 10). Acto seguido agrega, “fue en el curso de la reflexión freudiana como el análisis causal se transformó en génesis de las significaciones, como la evolución cedió su lugar a la historia, y como se substituyó el recurso a la naturaleza por la exigencia de analizar el medio cultural” (Foucault, 1957A, p. 10). Los halagos de Foucault, en los textos de 1957, no cesan de hacerse “al llevar hasta sus límites extremos el análisis del sentido, Freud dio su orientación a la psicología moderna” (Foucault, 1957A, p. 12). Y cuando creemos que es ya suficiente, enuncia, en aquellos años 50, la siguiente conclusión: “el descubrimiento del inconsciente transforma en objeto de la psicología y tematiza como procesos psicológicos los métodos, los conceptos y finalmente todo el horizonte científico de una psicología de la conciencia” (Foucault, 1957B, p. 5).

Es claro que el punto de vista de Foucault difiere ostensiblemente del que anuncian algunos intérpretes de la teoría freudiana, quienes sitúan al psicoanálisis como una real empresa de demolición y destrucción de la psicología. No faltan razones para creer en esto último. Desde el origen, el psicoanálisis se constituye en un “No” a la psicología. Y se ha mantenido en tanto ha podido seguir articulando ese no. La autonomía institucional con respecto a la psicología así lo refleja. Pero ese “No”, integrado en la obra de Foucault no significa la

anulación de la psicología; representa una tensión, “un vestigio, o más bien, el signo siempre vivo de este origen polémico en el dominio de la psicología” (Foucault, 1957B, p. 7).

Foucault comparte con los psicoanalistas varias impresiones. Si la psicología es cotejada con el psicoanálisis, la primera será siempre mal valorada; la segunda será elogiada.

“Sin duda no se debe a que hubieran aprehendido, mejor que cualquier otra ciencia humana, su positividad y realizado por fin el viejo proyecto de ser realmente científicos; sino más bien porque en los confines de todos los conocimientos sobre el hombre, forman con certeza un tesoro inextinguible de experiencias y de conceptos, pero sobre todo un perpetuo principio de inquietud, de poner en duda, de crítica y de discusión de aquello que por otra parte pudo parecer ya adquirido” (Foucault, 1969, p. 362).

Comparte también con los psicoanalistas en decir que solo “aparentemente se puede decir que el psicoanálisis es una forma de psicología que se agrega a la psicología de la conciencia con una capa suplementaria que sería la del inconsciente” (Foucault, 1966, p. 4). Sin embargo, el filósofo encuentra, a diferencia de algunos intérpretes del psicoanálisis, que hay una paradoja en la relación existente entre estas dos formas de discursividad Psy. “[Acaso], no es paradójico ver [al psicoanálisis] mantenerse marginado de una ciencia a la cual volvió a dar vida y significación?” (Foucault, 1966, p. 6). Esta es la paradoja del verdugo que dio vida a aquello que se advertía iba a ultimar. “[Hay que considerar] la importancia de los conceptos, el número de los temas,

la diversidad de las ideas experimentales que el psicoanálisis ha dado a la psicología desde hace medio siglo” (Foucault, 1966, p. 6): Años después, en uno de sus textos cumbres del período arqueológico, vuelve a reiterar esta afirmación, constituyéndose, de ese modo, en uno de los enunciados de mayor constancia en su obra filosófica: “el psicoanálisis (...), en los confines de todos los conocimientos sobre el hombre, forman con certeza un tesoro inextinguible de experiencias y de conceptos” (Foucault, 1969, p. 362). No es una operación de suma de conocimientos lo que llegó a realizar el psicoanálisis; efectuó una transformación esencial al corpus teórico de la psicología general, cuya marca se observa en la tensión, especialmente, en la paradoja que hay entre el discurso psicológico y psicoanalítico.

En los tres textos en que tiene por objeto central de discusión a la psicología, detalla los inestimables aportes que realizó el psicoanálisis a la psicología, entendiéndose, ahora sí, el rol de salvador epistémico del primero con relación al segundo. En el escrito de “Psicología de 1850...”, enumera en cuatro puntos dichos aportes, que corresponden, a su vez, en los objetivos a alcanzar con la terapéutica freudiana.

La primera de las contribuciones vincula a Sigmund Freud como el autor que logró extender los dominios del sentido a toda forma de conducta humana.

“Incluso allí donde no aparece, en la incoherencia del sueño, por ejemplo, en el absurdo de un lapsus, en la irrupción de un juego de palabras, está aún presente, pero de una manera oculta. Y lo insensato mismo nunca es más que una astucia del sentido, una manera para el senti-

do de venir al mundo dando testimonio en contra suyo. La consciencia y el inconsciente no son tanto mundos yuxtapuestos; son más bien dos modalidades de una misma significación” (Foucault, 1957A, p. 11).

Esta contribución de Freud, monumental aporte del padre del psicoanálisis a las ciencias del hombre, ya antes había sido reconocida por Foucault, en su primer texto publicado, la introducción a *Le Rêve Et L'existence*. En él indica, a propósito del tema del sueño:

...“Avec la Traumdeutung, le rêve fait son entrée dans le champ des significations humaines. Dans l'expérience onirique, le sens des conduites semblait s'estomper; comme s'assombrit et s'éteint la conscience vigile, le rêve paraissait desserrer et dénouer finalement le nœud des significations. Le rêve était comme le non sens de la conscience. On sait comment Freud a renversé la proposition, et fait du rêve le sens de l'inconscient. On a beaucoup insisté sur ce passage de l'insignifiance du rêve a la manifestation de son sens caché et, sur tout le travail de l'herméneutique” (Foucault, 1954, p. 17).

Las discusiones sin fin en que se embrolló la psicología, en la década de los años 20 y 30 del siglo XX, entre conductistas y los teóricos de la Gestalt, según se lee en lo que describe Foucault, fueron una consecuencia directa de la problemática del sentido en el campo de conocimiento psicológico. Ambas teorías fueron un intento fallido por objetivizar la significación. “El proyecto del conductismo es efectivamente el definido por Boring:

constituir una ‘psicología científica del meaning’” (Foucault, 1957A, p. 13). Y si se constituyeron en empresas teóricas antagónicas, es porque ofrecieron al mundo académico soluciones enfrentadas a una misma inquietud: “¿Debe hacerse el estudio de estas significaciones de una manera segmentaria o global?” (Foucault, 1957A, p. 13). La apuesta del proyecto conductista fue los “elementos”, lo segmentario; la de la psicología de la Gestalt, los “conjuntos”, lo global.

La segunda de las contribuciones freudianas, no es de menor cuantía en comparación con la primera. Según lo señalado por Foucault, Freud reveló la existencia de un entramado virtual, en el que se inscribe las significaciones, que trasciende el tiempo presente al remitir a momentos precedentes, para algunos, de unos cuantos años, o para otros, de siglos y siglos anteriores, cuya inactualidad es solo aparente; Freud ofreció a la psicología el camino conducente a la historia, “a la ambigüedad de lo actual y de lo inactual” (Foucault, 1957A, p. 14), al conflicto del pasado y del presente. “¿Cuáles son estas significaciones inmanentes a la conducta, pero a veces ocultas para la consciencia? Son aquellas que la historia individual ha constituido y cristalizado en el pasado en torno a acontecimientos importantes: el traumatismo es una perturbación de las significaciones afectivas” (Foucault, 1957A, p. 14).

Esa contribución fue la fuente de inspiración para una variedad amplia de psicólogos, quienes señalaron que las estructuras psicológicas sufrían un proceso de constitución en el tiempo. De acuerdo con lo que anota Foucault, el devenir psicológico fue un proceso concebido de dos maneras distintas. Por un lado, “para ciertos psicólogos, como Gesell, la emergencia de las estructuras

se hace en la conducta mediante una maduración sorda de esquemas fisiológicos” (Foucault, 1957A, p. 14). Y por otro lado, “para otros como Kuo, se hace mediante la cohesión progresiva de conductas segmentarias y adquiridas, las cuales, por la fuerza de reiteración de su paje, se organizan en este en estereotipos generales de conductas” (Foucault, 1957A, p. 14). En el calor generado por el debate y el dilema entre evolución y génesis se forja la figura de Jean Piaget. “Entre estas dos formas extremas de interpretación, la psicología genética, siguiendo a Baldwin, intenta discriminar entre el desarrollo necesario y el proceso ligado a las circunstancias” (Foucault, 1957A, p. 14).

La tercera de las contribuciones que Foucault le atribuye a Freud, bien se comunica en la consigna de la escuela humanista, *hic et nunc*, aquí y ahora; esto es, las condiciones del presente, que abren al conocimiento psicológico a las posibilidades de su aplicación práctica. “La psicología tradicional era una psicología de lo virtual; las facultades no se inscribían nunca sino entre las posibilidades abstractas” (Foucault, 1957A, p. 2). De esta condición de lo abstracto, lo genérico e impersonal, en últimas, de la inutilidad de lo absoluto, Freud sacó a la psicología al mostrarle un presente en dialéctica con el pasado, puerta requerida para la entrada, en el escenario académico, de la figura del psicólogo interventor o profesional.

“Decir que un síntoma reproduce simbólicamente un traumatismo arcaico implica que el pasado no invade totalmente el presente, sino que el presente se defiende contra su reaparición. El presente... separa las significaciones ambiguas, proyecta sobre la actualidad del mundo real los fantasmas de la vida anterior, traspone los te-

mas a niveles de expresión reconocidos como valiosos (esta es la sublimación); en resumen, erige todo un conjunto de mecanismos de defensa que la cura psicoanalítica se encarga de contornear reactualizando las significaciones del pasado a través de la transferencia y la abreacción” (Foucault, 1957A, p. 11).

La ontología de ese presente fue aprehendido en la psicología como una actividad psicológica actual, que no es pasiva, que no es general, sino singular al individuo, y que guarda una inteligencia, un propósito: organizar y regular la expresión de un contenido que puja por exteriorizarse. Las referencias finales que hace Foucault en este punto, permiten decir que los psicólogos que se propusieron llevar un registro de esa actividad, se vieron nuevamente expuestos a un dilema; algunos, la consideraron reconocible solamente en lo manifiesto de la acción (el desempeño) o del contenido del decir (la expresión), en contraposición de otros que declararon poderla rastrear en la potencialidad actual de la acción (aptitudes), o del contenido de las significaciones permanentes del individuo (el modo de ser, el carácter).

De esta perspectiva freudiana del presente se deriva, entonces, la psicología profesional, que en su primera versión fue psicometría. “De ahí procede el principio de la prueba, que se debe a Cattell y a Binet, y definido como una prueba uniformizada cuyo resultado es evaluado por comparación estadística entre los individuos que se han sometido a ella” (Foucault, 1957A, p. 15). De esta perspectiva también surgen las tipologías caracterológicas. “Este es el principio en que se fundan las pruebas de Rorshach y de Muway... aflora igualmente en aquellos otros fenómenos de expresión que cons-

tituyen los juicios que el individuo hace de sí mismo, y también en la imagen de sí que el individuo se atribuye... hay casi tantas caracterologías como métodos de investigación” (Foucault, 1957A, p. 17). Finalmente, a partir de esta perspectiva, la medicina psicosomática encontró su posibilidad de realización.

“Por la vía del análisis simbólico, en el que los signos corporales se leen como un lenguaje, el psicoanálisis ha mostrado el carácter expresivo del cuerpo y ha denunciado el origen psicógeno de ciertos síndromes orgánicos. Al sistematizar esta investigación Alexander pudo mostrar el nexo entre enfermedades como la hipertensión o la ulceración de las vías digestivas con las estructuras neuróticas que las provocan o que se expresan en ellas” (Foucault, 1957A, p. 17).

La cuarta y última contribución de Freud a la psicología, que Foucault describe en el texto de 1957, consiste en la disolución de una falaz dicotomía con la que operó durante un tiempo las ciencias del hombre, la pareja antagónica de términos individuo-sociedad. *“Freud... dio por contenido una historia real, o más bien la confrontación de dos historias reales: la del individuo, en la sucesión de sus experiencias vividas, y la de la sociedad, en las estructuras mediante las cuales ella se impone sobre el individuo. En esta medida, se puede superar la oposición de lo subjetivo y de lo objetivo, la del individuo y de la sociedad” (Foucault, 1957A, p. 12).* En otros términos, Freud revela la existencia de una tensión esencial entre el individuo y las instituciones sociales que lo rodean, que se refleja en los conflictos que dominan el ser del sujeto. *“La dialéctica del pasado y del presente refleja el conflicto de las formas indi-*

viduales de satisfacción y de las normas sociales de conducta o, en otros términos, los de Freud, del «ello» y del «super-yo»; el «yo» con los mecanismos de defensa es el lugar de esos conflictos y el punto en el que la angustia hace irrupción en la existencia” (Foucault, 1957A, p. 12). Esa tensión entre el individuo y las instituciones sociales es por tanto constituyente del individuo. A partir de su análisis se comprende no solo que la división individuo y sociedad corresponde a una artificial división, o mejor, que *“la psicología como ciencia (...) del individuo ya no puede valer, después de Freud” (Foucault, 1966, p. 4),* sino que además, el conflicto es una realidad inevitable de la condición humana. *“En la cura psicoanalítica, el papel del terapeuta, consiste justamente, mediante un juego de satisfacción y de frustración, en reducir la intensidad del conflicto, en aflojar el dominio del «ello» y del «super-yo», en ampliar y volver más laxos los mecanismos de defensa; no tiene el proyecto mítico de suprimir el conflicto, sino de transformar la contradicción neurótica en una tensión normal” (Foucault, 1957^a, p. 17).*

Como las demás contribuciones, esta última ha sido también inspiradora de nuevas temáticas y campos de investigación en la psicología. En primer lugar, bajo la rúbrica de “Cultura y Personalidad”, emergió un movimiento de *“psicologización de la etnología boasiana” (Baztán, 1994, p. 10),* promovido por Abram Kardiner, un psicoanalista estadounidense que se dedicó a *“describir la manera cómo el individuo reacciona ante [las instituciones primarias de la sociedad], cómo integra estas experiencias, cómo, en fin, proyecta sus temas mayores bajo la forma del mito, de la religión, de las conductas tradicionales, de las reglas jurídicas y sociales, que son definidas como instituciones secundarias” (Foucault, 1957A, p. 18).* Al citar a Kardiner, Foucault está convocando, según lo anota Baztán, a uno de los

precursores más importantes, por lo menos en tierra norteamericana entre los años 20 y 40 del siglo XX, de la etnopsicología, o mejor conocida como psicología cultural. De este modo, Foucault hace de la “antropología psicológica” una corriente heredera de la tesis psicosocial de Sigmund Freud, al igual que el sociodrama, “una terapéutica de grupos, que permitiría, como en el psicoanálisis individual, una revelación y una actualización de los temas afectivos latentes, de los conflictos o de las ambivalencias que subyacen a las relaciones manifiestas” (Foucault, 1957A, p. 18). E incluye, finalmente, una serie de categorías conceptuales de la psicología social, la noción de estereotipo y el análisis de las opiniones y de las actitudes, en el que se “intenta determinar los fenómenos colectivos que sirven de contexto a las conductas afectivas del individuo, así como a sus operaciones intelectuales de percepción, de juicio y de memoria” (Foucault, 1957A, p. 19).

La medicina psicosomática, el enfoque conductista, hermenéutico, historicista, antropológico, psicosocial, cognitivista y psicométrico en la psicología, la psicología aplicada, la psicología clínica, como la gran cantidad de terapias psicológicas, en resumen, casi toda la psicología del siglo XX, conocida a fecha de 1950, es, según lo pudimos observar en lo escrito por Foucault, freudiana. “Toda investigación de psicología positiva es freudiana, incluso cuando es el tema más lejano de los temas psicoanalíticos, incluso cuando es una determinación factorial de las aptitudes” (Foucault, 1957B, p. 22). La conclusión es radical, no sujeta a ningún tipo de relativismo. “De hecho, el texto que se escribe en gruesos caracteres en la historia de la investigación freudiana puede descifrarse en letras más finas en todo el desarrollo de la psicología” (Foucault, 1957B, p. 9).

Las acotaciones a semejante epílogo de su reflexión vendrán después, en el año de 1965.

“Esto no quiere decir que toda la psicología, en sus desarrollos positivos, se haya convertido en una psicología del inconsciente, o en una psicología de las relaciones de la conciencia con el inconsciente. Perdura una cierta psicología fisiológica, perdura una cierta psicología experimental; después de todo, las leyes de la memoria, tal como fueron establecidas por mi homónimo hace cincuenta o sesenta años, en rigor nada tienen que ver siquiera con el fenómeno del olvido freudiano. Esto sigue tal cual, y no creo que a nivel del saber positivo y cotidiano, la presencia del freudismo haya cambiado realmente las observaciones que se pueden hacer ya sea sobre los animales, ya sea incluso sobre ciertos aspectos del comportamiento humano” (Foucault, 1966, p. 9).

En otros términos, “con el freudismo se trata de una especie de transformación arqueológica profunda, no es una metamorfosis general de todo el saber psicológico” (Foucault, 1966, p. 10). No obstante esta acotación, que invita a no hablar “de la psicología en una perspectiva estrictamente freudiana, como si toda la psicología solo pudiera ser freudiana” (Foucault, 1966, p. 9), lo esencial de su conclusión se mantiene incólume, y hasta la habrá de profundizar aún más.

Las razones de la transcendencia del psicoanálisis freudiano

¿Cómo explica Foucault que el psicoanálisis freu-

diano haya llegado a tener tal poder de influencia sobre el saber psicológico? Obviamente, Foucault no devela la clave de esta situación en la genialidad intelectual de un individuo, Sigmund Freud. La clave la ubica en la pertinencia académica de la investigación que desarrolló el padre del psicoanálisis, al intuir, como el tiempo después lo mostrará, que se estaba siguiendo y deshilando algunos de los hilos constituyentes del tejido epistémico moderno. Cuando menos dos respuestas brinda Foucault con respecto a lo que hayan sido tales hilos. Una, dada en el período pre-arqueológico, que se centra en el objeto de la reflexión freudiana; la otra, del período arqueológico, que trata sobre los dominios epistémicos en que transcurre esa reflexión.

En los textos de 1957, al igual que en su tesis doctoral, se explica que el secreto del psicoanálisis estaba en haber apuntado a la negatividad del hombre, “*su patria de origen*” (Foucault, 1957B, p. 27). Solo una reflexión que recupere la “*vocación eternamente infernal*” (Foucault, 1957B, p. 27) de la investigación sobre el ser del hombre, puede para Foucault tener sentido y producir algún resultado loable. “*Si la psicología quisiera volver a encontrar su sentido como saber como investigación y como práctica, debería desgajarse de ese mito de positividad del que hoy en día vive y muere, para volver a hallar su espacio dentro de las dimensiones de negatividad*” (Foucault, 1957B, p. 27). En otras palabras, lo que propuso Freud fue un diálogo, no con *lo mismo*, sino con *lo otro*. En ello estaba la clave del “*escándalo freudiano*” (Foucault, 1957B, p. 22): en que denunció, “*por primera vez en la historia de la psicología la negatividad de la naturaleza... como el negativo de la positividad natural*” (Foucault, 1957B, p. 22). Allí donde la negación de la verdad del hombre emergía a la vista, donde

la negatividad del ser del hombre se manifestaba, Freud constituyó la empresa psicoanalítica.

“*[Ahora] la naturaleza, como negación de la verdad del hombre, se vuelve para y por la psicología el fundamento mismo de su positividad... Tomar la negatividad del hombre por su naturaleza positiva, la experiencia de su contradicción por la revelación de su verdad más simple, la más inmediata y más homogénea, es desde Freud, el proyecto, al menos silencioso, de toda psicología*” (Foucault, 1957B, p. 22).

Lo que sea esta negatividad del hombre, virtualmente se expresa, en el texto citado, en esta frase: la negatividad humana se la hace el hombre a sí mismo. “*La psicología adquiere su positividad en las experiencias negativas que el hombre alcanza a hacer de sí mismo*” (Foucault, 1957B, p. 21). En otros términos,...

“*...las aplicaciones de la psicología jamás han provenido de exigencias positivas, sino siempre de obstáculos en el camino de la práctica humana. La psicología de la adaptación del hombre al trabajo se originó en las formas de inadapación que siguieron al taylorismo en América y en Europa. Se sabe cómo la psicometría y la medida de la inteligencia surgieron de los trabajos de Binet sobre el atraso escolar, y la debilidad mental; el ejemplo del psicoanálisis y de lo que se llama ahora la «psicología de las profundidades» habla por sí mismo; se desarrollaron por entero en el espacio definido por los síntomas de la patología mental*” (Foucault, 1957B, p. 20).

Unos cuantos años después, en su labor de historiador de la locura, Foucault abrazará el propósito de explicitar y aislar conceptualmente la ontología de la negatividad del hombre moderno. Si en estos tiempos cartesiano-kantianos lo positivo es la razón, lo negativo es la sinrazón. A la delimitación de este objeto es a lo que está dedicado Foucault en su tesis doctoral.

Pero ya sabemos que la definición y explicación foucaultiana en este aspecto no resistió el embate de la crítica. La sinrazón, “*fuera poética dionisiaca*”, según lo decía Foucault en el prefacio de 1960, sustraído en las ediciones posteriores de *Folie et déraison*, fue muy mal valorada por los filósofos alemanes. Le objetaron que estaba reintroduciendo, a su pesar, los trascendentales que pretendía evacuar. “*La crítica dirigida contra él por algunos alemanes –entre los cuales se hallaba Habermas– consistía en gran medida en reprocharle el querer encontrar, detrás de las formas de la racionalidad, experiencias originarias, “arcaicas”, como la de la locura*” (Eribon, 1995, p. 389). Esto es lo que Habermas denominó “*su criptonormativismo*” (Eribon, 1995, p. 405); Foucault buscaba y creía en una experiencia fundacional con el que inundaba su *Historia de la locura*.

En lo sucesivo, Foucault insistirá “*en el trayecto histórico-crítico que también era el suyo cuando escribía Folie et déraison*” (Eribon, 1995, p. 389). Este trayecto se puede observar en la manera como en 1965 resituía la discusión sobre el papel que ha cumplido el psicoanálisis freudiano en las ciencias humanas.

En ese período arqueológico de los años 60, en el que cualquier interrogante epistemológico de una

disciplina es integrado a un esquema más general del conocimiento, Foucault dice: “*Por lo demás, pienso que es precisamente alrededor de la elucidación de lo que es el inconsciente como la reorganización y la nueva distribución de las ciencias humanas se hicieron, es decir, esencialmente alrededor de Freud*” (Foucault, 1966, p. 4).

Como ya se dijo anteriormente, en el período arqueológico más delimitada era su conclusión de la influencia de Freud en la psicología, pero a su vez, más grave. Con relación al campo disciplinar de la psicología, el freudismo ya no es toda la psicología del siglo XX; sin embargo, su proyección fue mayúscula en las ciencias humanas en general. “*...el simple descubrimiento del inconsciente no [fue] solo una adición de dominios... es realmente la confiscación, por la psicología, de la mayor parte de los dominios que cubrían las ciencias humanas, de tal manera que se puede decir que a partir de Freud todas las ciencias humanas se han convertido, de una manera u otra, en ciencias de la psique*” (Foucault, 1966, p. 5).

La clave de la enorme capacidad de influencia del psicoanálisis se explicaba ahora por la posibilidad que tuvo Freud, con el inconsciente, de diluir el orden epistémico instituido y reinante en las ciencias humanas, en el siglo XIX. Una vez descubierto el inconsciente,...

.. el viejo realismo [de] Durkheim, que pensaba la sociedad como una substancia que se opone al individuo, quien es también una especie de substancia integrada dentro de la sociedad, este viejo realismo [era] ahora impensable. Igual [sucedió] con la vieja, distinción entre alma y cuerpo, que era válida incluso para la psicofi-

siología del siglo XIX. Esta vieja oposición ya no existe, ahora que sabemos que nuestro cuerpo forma parte de nuestra psique, o forma parte de la experiencia a la vez consciente e inconsciente a la que la psicología se dedica...” (Foucault, 1966, p.5).

Diluida la disposición estructural en que estaban colocadas las distintas disciplinas de las ciencias humanas, derrumbadas las fronteras naturales de la organización epistémica del siglo XIX, un nuevo imperio fue erigido, el psicológico, en tanto freudiano.

“[al descubrirse el inconsciente, se drenó] al mismo tiempo una cantidad de problemas que ya no concernían, precisamente, ni al individuo, ni al alma en tanto que opuesta al cuerpo, sino que se incluía dentro de la problemática propiamente psicológica aquello que, hasta entonces había estado excluido, bien sea a título de fisiología... , bien sea de la sociología... Esto hace que el simple descubrimiento del inconsciente no sea solo una adición de dominios, no es una extensión de la psicología, es realmente la confiscación, por la psicología, de la mayor parte de los dominios que cubrían las ciencias humanas, de tal manera que se puede decir que a partir de Freud todas las ciencias humanas se han convertido, de una manera u otra, en ciencias de la psique” (Foucault, 1966, p. 5).

Estas respuestas que Foucault presenta en una entrevista con Alain Badiou en 1965, ratifican nuevamente la transcendencia del psicoanálisis freudiano. Sin

embargo, no expresan en qué radica la gloria que hubo con el mero descubrimiento del inconsciente, más allá de sus efectos que transformaron el curso de las discusiones en la psicología y en las ciencias humanas en general. Un año antes, en 1964, en el VII coloquio filosófico internacional de Royaumont, convocados los asistentes a rendir un homenaje a Nietzsche, Foucault cumple con el objetivo del coloquio asociándolo con Freud y Marx. En consideración de toda su obra filosófica, es este texto el que nos ofrece la respuesta final del interrogante antes formulado, pues nos enseña el cuerpo intervenido con la operación freudiana: el signo. Freud, al igual que Nietzsche y Marx, *“han cambiado, en realidad, la naturaleza del signo, y modificado la manera como el signo en general podía ser interpretado”* (Foucault, 1969^a, p. 638). La gloria, que Foucault adjudica en este texto a los tres, se encuentra en que, después de la crítica baconiana y la crítica cartesiana a la semejanza, sus obras *“han reconstituido ante nuestro ojos algo que Marx llamaba hieroglifos”* (Foucault, 1969^a, p. 637). Si a partir de Bacon y Descartes ya no es factible una hermenéutica inscrita en un mundo finito o limitado de interpretaciones, la premoderna, con Marx, Freud y Nietzsche se modifica *“profundamente el espacio de repartición en el cual los signos pueden ser signos”* (Foucault, 1969A, p. 638), permitiendo al signo adquirir un inesperado estatuto ontológico con el cual se logró fundar una nueva *“posibilidad de una hermenéutica”* (Foucault, 1969A, p. 637).

En esta nueva hermenéutica, la moderna, los signos son malévolos *“...a partir del siglo XIX, a partir de Freud, Marx y Nietzsche, me parece que el signo va a llegar a ser malévolos; quiero decir que hay en el signo una forma ambigua y un poco turbia de querer mal y de ‘malcuidar’”*

(Foucault, 1969^a, p. 645). El signo es malévolo porque es inherentemente hipócrita; es portador de una máscara que oculta, niega y justifica el vacío que hay en él. “No hay nada que interpretar... En efecto, la interpretación no aclara una materia que es necesario interpretar y que se ofrece a ella pasivamente” (Foucault, 1969^a, p. 643). Los creadores de la hermenéutica moderna denuncian el vacío que guarda el signo al revelar el carácter abierto que tiene toda interpretación, la infinitud del mundo en el que se encuentra inscripto el signo. “En Nietzsche es evidente que la interpretación es siempre inacabada. ¿Qué es para él la filosofía sino una especie de filología siempre en suspenso, una filología sin término, desarrollada siempre más lejos, una filología que no sería nunca absolutamente fijada?” (Foucault, 1969^a, p. 642). En el caso de Freud, “este descubrimiento fue hecho de una manera muy elusiva, muy oculta a sí misma en la *Traumdeutung*, cuando Freud analiza sus propios sueños y entonces invoca razones de pudor o de no divulgación de un secreto personal para interrumpirse” (Foucault, 1969^a, p. 642).

De todo lo anterior, Foucault concluye:

“Es sobre todo Nietzsche y Freud, y en un grado menor en Marx, en donde se ve dibujarse esta experiencia que creo tan importante para la hermenéutica moderna, según la cual cuanto más lejos se va en la interpretación, tanto más se acerca, al mismo tiempo, a una región absolutamente peligrosa, en donde no solo la interpretación va a alcanzar su punto de retroceso sino que va a desaparecer como interpretación, causando tal vez la desaparición del mismo intérprete” (Foucault, 1969A, p. 641).

En la hermenéutica moderna el signo carece de *suppositum*, el significado original, la sustancia primera a la que el signo sería veladamente su sustituto. Según Foucault, Freud fue uno de los principales autores responsables de esta pérdida en el signo, al haber propuesto, junto con Nietzsche, y en menor grado, junto con Marx, como objeto de la labor exegética, una interpretación. “No hay nada absolutamente primario que interpretar pues, en el fondo, todo es ya interpretación; cada signo es en sí mismo no la cosa que se ofrece a la interpretación, sino interpretación de otros signos... El signo es ya una interpretación que no se da por tal. Los signos son interpretaciones que tratan de justificarse, y no a la inversa” (Foucault, 1969^a, pp. 643 y 645).

Foucault recuerda que para Freud el fundamento mismo del mundo psíquico del individuo son “fantasmas”, que no eran otra cosa que interpretaciones que los sujetos hacían de otras interpretaciones. “En efecto, bajo los síntomas, ¿qué es lo que descubre Freud? Él no descubre, como se dice, “traumatismos”; él pone al descubierto fantasmas, con su carga de angustia, es decir, un núcleo que es ya en su ser mismo una interpretación” (Foucault, 1969A, p. 644). La labor del hermeneuta moderno, la del “buen escudriñador de los bajos fondos” (Foucault, 1969A, p. 639), por tanto, es la de auscultar la bruma para mostrar con hechos que no hay monstruos ni enigmas profundos. Lo que nos revela las técnicas de interpretación es a nosotros mismos, los interpretantes; cuestión que conlleva a señalar que el objeto natural de la hermenéutica moderna es, en última instancia, el sujeto. “La interpretación será siempre de ahora en adelante la interpretación por el “quién”; no se interpreta lo que hay en el significado, se interpreta a fondo: quién ha planteado la interpretación. El principio de la interpretación no es otro que el intérprete” (Foucault, 1969A, p. 640).

Dentro de este contexto, ya se hace comprensible que era el inconsciente freudiano, y la causa de su transcendencia; este es el nombre dado por Freud a una nueva negatividad del signo, fundada no en términos de interioridad, sino de exterioridad. Esta nueva negatividad es psicológica por remitir invariablemente al interpretante, el sujeto, el cual fue a su vez negativizado de la misma manera en que lo fue el signo: en condiciones de exterioridad.

“Hay en Nietzsche una crítica de la profundidad ideal, de la profundidad de conciencia, que él denuncia como invención de los filósofos; esta profundidad sería búsqueda de pura e interior de la verdad... Pero no se puede, en realidad, recorrer esta línea descendente, cuando se interpreta, sino para restituir la exterioridad centelleante que ha sido recubierta y enterrada... la profundidad es restituida ahora como secreto absolutamente superficial... A medida que el mundo llega a ser más profundo bajo la mirada, se advierte que todo lo que ha ejercitado la profundidad del hombre no era sino un juego de niños” (Foucault, 1969A, p. 640).

En otras palabras, Freud negativiza la conciencia desde la dimensión exterior del signo. Antes de Freud, la conciencia era fundamento puro del signo. Con Descartes la conciencia había perdido el espesor interior que tenía. En Descartes falta el *apex mentis*, al que llegaba, como última fase de elevación, el individuo consagrado a adentrarse en sí mismo, según lo dicho por San Buenaventura en el siglo XIII. Con la topología freudiana conciencia-inconsciente, la conciencia recupera

su espesor perdido, reenviando al sujeto del dispositivo psicoanalítico, no al encuentro místico con el Todo, sino al tropiezo existencial con la Nada. De este modo, la precondition para el nacimiento del psicoanálisis es que el signo haya adquirido una nueva negatividad. Una vez logrado ello, desde ese momento, se vuelve posible la pregunta fundadora del psicoanálisis.

*“...en una época cuando, en efecto, las ciencias humanas recibían su problemática, su dominio, sus conceptos de una filosofía que era, grosso modo, la del siglo XVIII, creo que la psicología podía ser definida o bien como ciencia, digamos del alma, o como ciencia de la conciencia, o como ciencia del individuo. En esta medida, creo que la división, respecto a las otras ciencias humanas que existían entonces, y que ya era posible, podía hacerse de una manera bastante clara: se podía oponer la psicología a las ciencias del orden fisiológico, de la misma manera como se opone el alma al cuerpo; se podía oponer la psicología a la sociología, de la misma manera como se opone el individuo a la colectividad o al grupo, y si se define la psicología como la ciencia de la consciencia, **¿a que se le va a oponer?** Pues bien, para una época que era la que va, más o menos, desde Schopenhauer a Nietzsche, se diría que la psicología se opone a la filosofía como la conciencia se opone al inconsciente” (Foucault, 1966, p. 4).*

En conclusión, y ya para terminar, Freud, como uno de los padres de la hermenéutica moderna, reconstituyó los hieroglifos diluidos con la llegada de la mo-

dernidad filosófica, al reconfigurar el vínculo “sagrado” entre el hombre y su experiencia trágica en el universo.

REFERENCIAS

- Baztán, Ángel (1994). *Estudios de etnopsicología y etnopsiquiatría*. Barcelona: Editorial Boixareu Universitaria.
- Eribon, Didier (1995). *Foucault y sus contemporáneos*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Foucault, Michel (1954). “Introduction”. En *Le rêve et l'existence*. Belgica: Desclée de Brouwer.
- (1957A). “La psicología de 1850 a 1950”. Trad. Anthony. Sampson., en *Dits et écrits*, Vol. 1, París, Gallimard, 1994. Texto de circulación Universitaria.
- (1957B). “La investigación científica y la psicología”. Trad. Anthony. Sampson., tomado de Michel Foucault, *Dits et Ecrits*, Vol. 1, París, Gallimard, 1994, texto inédito de circulación universitaria.
- (1966). “Filosofía y Psicología”. Traducción de William Gonzales. tomado de Michel Foucault, *Dits et Ecrits*, París, Gallimard, 1994, Vol. I. pp. 438-448. Texto inédito.
- (1969A). “Nietzsche, Freud, Marx”. Eco. *Revista de la cultura occidental*. Tomo XIX/5-6-7. Bogotá.
- (1969B). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI Editores
- Wikipedia. (2008) “Xavier Bichat”. Recuperado octubre de 2008 en, http://es.wikipedia.org/wiki/Xavier_Bichat